

EL RINCON DE LA HISTORIA

LOS PRIMEROS DIRECTORES DE ORQUESTA EN CHILE

La delicada tarea de concertar las débiles fuerzas musicales del país en vista de la formación de un conjunto orquestal, recayó en las manos del benemérito Manuel Robles, el simpático y olvidado autor de la primitiva *Canción Nacional* (1820), noble y discreto trozo mozartiano que debería seguir ejecutándose por su mérito intrínseco y la gloriosa tradición que representa. Robles dirigió a los escasos músicos aficionados que, con sus notas precursoras, alzaban la cortina del vetusto Teatro de la Calle de las Ramadas a la dramática actuación de Morante y de Cáceres, ídolos del pipiolismo ideológico. El maestro marcaba fuertemente el ritmo al golpe de su pierna claudicante, y la sala de espectáculo iba cubriéndose con un leve polvillo que llegaba a proporciones de espesa polvareda al atacar Robles el climax de aquellas oberturas concertantes que hechizaron a nuestros antepasados melómanos.

En el Teatro de la Plazuela de la Compañía, fué director por esos mismos años Don Bartolomé Filomeno, limeño de corazón que avecindado en Chile, vino a ser el tronco de una larga progenie de artistas nacionales. De la Corte del Brasil llegó V. T. Massoni, y su melena flotante y sus afilados dedos de genial violinista animaron el salón de la Sociedad Filarmónica. A sus desvelos técnicos debe Santiago los primeros conciertos de música de cámara, primorosas ejecuciones de Mozart y de Haydn que despertaron entusiasmos desconocidos en esa era de convulsiones revolucionarias anárquicas.

El ameno escritor de los *Recuerdos de Treinta Años*, José Zapiola, fué el cuarto—en orden cronológico—de nuestros directores de orquesta. Había aprendido música con pasión de autodidacta, lo que unido a su experiencia en la dirección de las bandas cívico-militares y a las lecciones de Massoni, le dieron la destreza necesaria para afrontar la responsabilidad de la concertación de los ensayos líricos de la Compañía de ópera Pissoni-Betaglia en 1830.

Rafael Pantalleni, del Teatro San Carlo de Nápoles, merece mención especial por el curioso hecho de haber sido el primero en utilizar la batuta en su trabajo profesional. Era, al decir de los contemporáneos, un prodigio de maestría; jamás lo oyeron desafinar o equivocarse «y ni siquiera vacilar en el movimiento con que debía iniciar los numerosos y distintos trozos de una ópera». Pantanelli dirigía tocando el piano en los recitados de las partituras bufas y con una vara en lo demás. Este «palito», arrancó a la socarronería criolla innumerables bromas y reproches satíricos.

Rafael Pantanelli compartió las aclamaciones del público romántico con Antonio Neumane, corso de nacimiento, alemán de ascendencia y ecuatoriano de adopción. Alumno del Conservatorio de Milán, según testimonio de su biógrafo Chávez Franco, acom-

pañó más tarde los triunfos universales de doña María Felicidad García, la famosa Madame Malibrán. Venido a estas tierras de América, fué director de coros líricos en Guayaquil, Lima y Santiago; concertador de orquestas, que dirigía con seriedad y limpieza, y autor de un «*Himno a la Providencia*» que cantaron muchas generaciones de estudiantes chilenos en las reparticiones de premios y en los desfiles cívicos de antaño. Avecindado en Guayaquil, Neumane se incorporó a la historia de su patria adoptiva al componer el *Himno Nacional Ecuatoriano* y al fundar el Conservatorio de Música de Quito.

E. P. S.